

Rafaele Nocera,
Chile y la Guerra. 1933-1943,
Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, DIBAM y Ediciones LOM,
Santiago de Chile, 2006, 260 páginas.

La primera mitad del siglo XX estuvo marcada por dos acontecimientos que cambiaron para siempre la estructura internacional, la cual se destacaba por diversos factores, como la exacerbación de los nacionalismos, la búsqueda del poder económico y territorial, por las ideologías que buscaban imperar de diversos Estados, entre varios otros. Estos procesos históricos son conocidos como las “Guerras Mundiales”, que provocaron tales consecuencias que a partir de la segunda mitad del siglo pasado podemos hablar de una nueva configuración del poder mundial, marcado por la polarización entre la ideología comunista de la Unión Soviética y la capitalista de Estados Unidos, siendo triunfante esta última gracias a la caída del muro de Berlín, en la década de los 90.

Este tema, y tal como lo declara en el prólogo de este texto el historiador Joaquín Fernandois, trae consigo un amplio campo de estudio, por los

elementos atractivos que confluyen en ellos, y por las consecuencias provocadas a nivel humanitario. Junto al ámbito militar, que marca el desarrollo de las guerras, las gestiones diplomáticas aparecen como un elemento bastante interesante para aunar posiciones frente al desarrollo de un conflicto de tales características, siendo este un elemento clave a lo largo de este trabajo.

En su investigación, el autor plantea la posición que tuvo Chile frente a la Segunda Guerra Mundial, utilizando como elementos claves sus pensamientos y las influencias y relación que tenía con Estados Unidos, país que venía emergiendo con bastante fuerza, encontrando en este conflicto una oportunidad de establecer una supremacía económica frente a los debilitados mercados europeos, afectados por la Guerra. Además, esto le permitía construir canales de comunicación entre los países del continente americano, que le permitieran

salvaguardar intereses futuros en la región, y aplicar políticas americanistas, siendo países pequeños como Chile, claves en el abastecimiento de materias primas, pero que por la seguridad continental debía establecer una posición conjunta que correspondiese a los intereses norteamericanos.

Este autor construye a lo largo de su trabajo los planteamientos que tuvo el gobierno chileno, y las diferencias marcadas entre sus miembros y sus partidos políticos, que tenían frente a la guerra, pasando desde una aparente “neutralidad”, hasta declarar la ruptura de las relaciones con el eje compuesto por Alemania, Italia y Japón.

Esta construcción es realizada de una manera bastante novedosa, ya que más allá de una idea que puede parecer obvia, aparecen una serie de elementos que hacen que el contexto y el desarrollo tengan los suficientes matices, para otorgarle un atractivo al estudio, cuyo valor se aprecia en las fuentes documentales utilizadas, siendo, por ejemplo, de carácter diplomático y de índole testimonial. En estas, vemos reflejados los apoyos de los miembros del gobierno chileno (hacia la política nazi, o estadounidense), la amenaza de elementos germánicos en los medios de comunicación o en la política chilena, y la tarea fundamental de salvaguardar la economía nacional, en donde Estados Unidos jugaría un papel fundamental para asegurar un futuro estable, si se

seguían sus designios.

Una primera parte de esta obra corresponde a afirmar la dependencia histórica que Chile ha tenido con las economías desarrolladas, desde Gran Bretaña hasta Estados Unidos, sirviéndonos como antecedentes para justificar la dependencia, y para mantener la posición neutral de nuestro país durante la Primera Guerra Mundial, ya que no quería romper buenas relaciones comerciales con países como Alemania, Gran Bretaña o Francia. Con posterioridad, aparece el surgimiento de Estados Unidos y el cambio que esta nación plantea realizar con el resto de las naciones del continente, analizando desde la administración del Presidente Woodrow Wilson, cómo se querían mejorar estas relaciones, hasta consolidar la política de buena vecindad del mandatario F.D. Roosevelt, quien mejoró la imagen estadounidense con el retiro de tropas de diversos estados, sobre todo de Centroamérica, y que con el paso del tiempo estará bastante atento a las elecciones de los gobernantes.

Como elemento de transición entre la primera y segunda sección de la obra encontramos a las ideologías a favor de Alemania presentes en nuestro país, y que se habían consolidado en el Partido Nazi, en diversos elementos propagandísticos, y en un corpus de alemanes puros, descendientes o simpatizantes que manifestaban apoyo al Reich. A pesar de que

en el ámbito político no hubo muchos resultados, la propaganda y el espionaje constituyeron amenazas para Estados Unidos y sus metas planteadas, como veremos más adelante.

El autor destaca diversas alarmas que puso el país norteamericano, ya que al ascenso de los totalitarismos representaba una alta atracción para los gobiernos de Latinoamérica, por las novedades que implicaban a la hora de gobernar. Esto produjo la expansión de un plan continental con el fin de salvaguardar los intereses y la seguridad de la región, buscando apoyo en definiciones de los Estados, prestándoles ayuda y cooperación en contra de los miembros del Eje.

En el transcurso de la obra, se afirma que Chile, desde un primer comienzo, optó por mantenerse neutral, debido al nulo interés de romper relaciones con los países con que había construido buenas relaciones diplomáticas, como lo eran Alemania o Italia. Esto, a pesar de que los bloqueos económicos y las trabas comerciales provocaron un giro hacia una unión comercial con Estados Unidos, ya que nuestro país buscaba conseguir un mercado para sus productos, asegurando un bienestar económico para enfrentar un complejo escenario mundial, como lo planteaba el Presidente Pedro Aguirre Cerda.

Por el otro lado, el embajador de Estados Unidos en Chile, Claude Bowers, se mantuvo permanentemente al tanto de la situación nacio-

nal, siendo este lugar una plataforma entre ambos Estados que sirvió para presionar a nuestro país en pos de las políticas norteamericanas, y que también denunciaba ante el gobierno norteamericano el accionar de grupos de espionaje que apoyaba a la acción germánica.

La definición de nuestro país en el conflicto se hizo bastante extensa, prolongando los debates establecidos con Estados Unidos frente al accionar chileno, ya que existía un ambiente de inseguridad frente al accionar de los simpatizantes de las políticas germánicas, y tampoco Chile quería transar en sus posiciones, queriendo nuestro país asegurar su bienestar económico, junto a la exigencia establecida de armas ante los norteamericanos.

El Frente Popular, gobernante a partir de 1939, no poseía una visión clara frente al problema, porque los partidos políticos, a pesar de apoyar la posición neutral, manifestaban pensamientos heterogéneos, ya que el Partido Socialista manifestaba su apoyo acérrimo a Estados Unidos, el Partido Radical manifestaba la utilidad de estrechar lazos con este país, por los beneficios que traería en un futuro y el Partido Comunista, que en un primer momento manifestó su oposición al capitalismo, por la alianza de los fascismos con la URSS. Sin embargo, con la invasión alemana a este país, estos últimos tuvieron un enroque ideológico hacia el capitalismo, considerándolo un ataque hacia

la clase obrera desde el imperialismo norteamericano, provocando a futuro la disolución de esta coalición, ya que junto al choque electoral que Socialistas y Comunistas poseían (por las clases más bajas), las diferencias políticas harán irreconciliables sus posturas.

Incluso, altos personeros de la diplomacia gubernamental manifestaban simpatía por las políticas que los alemanes habían establecido. A manera de ejemplo de estos, podemos contar al cónsul Gonzalo Montt Rivas, que manifestaba, de acuerdo a los Archivos de la Embajada Norteamericana utilizados por Nocera, su admiración por la raza aria, frente al desprecio por los otros componentes étnicos, catalogando de avaros a los judíos, y de sucios a los mendigos que habitaban las calles de Madrid o París.

Hubo tres puntos claves que permitieron cambiar la posición chilena frente a la guerra, que son destacados por este autor, que marcan una última parte de esta obra. En primer lugar, el ascenso al poder de Juan Antonio Ríos le produjo al conflicto ser abordado desde otro punto de vista para nuestro país. En segundo lugar, el ataque a Pearl Harbour trajo consigo una política de protección de los intereses de Estados Unidos, por la amenaza que significaba para América. Por último, la posición chilena no era bien vista, ya que caía en ambigüedades frente a la guerra, sin querer romper

relaciones diplomáticas con el Eje de una manera explícita hasta el último minuto.

Al convulsionarse la situación, el clima se volvió bastante riesgoso para Chile, debido a las amenazas de invasión por parte de Japón, estando amenazado por su amplio dominio en el Pacífico Sur, por esto, Estados Unidos incitó para que le declarase la guerra a este país, consumándose el 20 de enero de 1943, aprobándose por ley por una amplia mayoría en el Congreso Nacional.

Luego de esto, el autor realiza un pequeño debate con el historiador Mario Barros Van Buren, quien indica que ni el espionaje, ni la venta de armas, ni el mantenimiento de las relaciones comerciales fueron factores decisivos para presionar a Chile. Este cuestionamiento tiende a desviar el debate hacia otras ópticas, y quitan un poco el peso de lo anteriormente investigado. Sin embargo, a partir de esto, ambos deducen que Chile intentó mantener una posición parcial apeándose a la solidaridad continental, y Nocera agrega que esta visión más conciliadora con respecto a su posición en el conflicto, la cual no pudo ser prolongada hasta el final por la presión estadounidense, frente a la cual nuestro país no contaba con las herramientas suficientes para poder diferir ante la lógica económica imperante.

En consecuencia, es posible afirmar que la obra de Rafaele Nocera

posee elementos muy atractivos, ya que mediante la gran cantidad de fuentes que utilizó, pudo construir la historia diplomática e institucional entre Estados Unidos, Chile, y las Conferencias y Seminarios realizados en esa década, las cuales son bien manejadas en esta oportunidad, ya que ambas deben ser entendidas con los contextos y personajes que las rodean. Mediante esta lectura podemos llegar a una respuesta que a pesar de ser conocida y bastante estudiada, se involucra con áreas como los medios de comunicación, el espionaje civil y militar, las estrategias de presión de un país a otro, y las opiniones de diversos personeros de gobierno, muchas veces distantes de la cúpula de sus partidos.

A pesar de ser una construcción

histórica bastante compleja, por la cantidad de factores que se deben obviar por falta de espacio, y por las siempre discutibles variantes que el autor utiliza a lo largo del texto, es una investigación muy interesante, que le otorga diversos matices a un conflicto violento, que provocó grandes estragos a nivel mundial, y que permaneció en la posguerra como un ejemplo a evitar, creándose las Naciones Unidas, entre tantos otros organismos, que han aportado a lo largo de su existencia instancias de diálogo entre los Estados, con el fin de no volver a sucesos como los mencionados.

JORGE LUIS GAETE
UNIVERSIDAD NACIONAL
ANDRÉS BELLO.

